

nuestras libertades, que cada uno de nosotros levantará un monumento a los héroes patrios, no de mármol ni de bronce, sino de corazones bien puestos en los cuerpos de nuestros seres queridos, pues estos monumentos vivientes, llenos de energía y de ambición noble por un gran bienestar y elevado grado de civilización, son una ofrenda más valiosa que los monumentos fríos.

Te juramos, madre tierra, que dedicaremos todas nuestras fuerzas a prosperar constantemente, aprovechando las oportunidades que ofrece el mundo moderno, pues estamos seguros que todos los que ofrendaron su vida en cruentas luchas, que hoy terminan en esta hermosa solución que nos trae a ti para vivir libre-

mente, nos bendecirán gozosamente desde sus sepulturas, si sabemos hacer uso de esta libertad para vivir como hombres y si sabemos crear a nuestros hijos sanos y honestos en la religión del trabajo sobre una tierra libre; y así, madre tierra, te juramos una y mil veces que en todos los momentos, al labrar el surco y al cosechar cada fruto, se elevará constantemente de nuestra actividad una oración que ascenderá al cielo y cuyo rumor se esparcirá sobre la tierra para recordar a los hombres todos, que la única gran justicia, que resuelve fundamentalmente todos los problemas sociales, cicatriza todas las heridas y enjuga todas las lágrimas, *es la labor sobre la tierra libre.*

oprimidas negradas del sur de los Estados Unidos...

La voz de Verdi aconsejando a los maestros del ritmo: «tornate al antico» parece que ha llegado hasta nuestros trópicos donde nunca debió existir otra danza que aquella que sugirió a nuestros músicos criollos el lento vaivén del plumaje de las palmas y la pausada cadencia de los cocoteros mecidos por las brisas camperas que invitan al sesteo y al ensueño.

¡Aplaudamos! Por ese lírico camino señalado por las batutas de nuestros directores de orquesta también se llega al corazón de la patria. Músicos y poetas tienen mucho que hacer en su tierra nativa cuando un falso espíritu de civilización o un desmedido afán de halago al poderoso mixtifican el sabor de la vida propia y desnaturalizan la fisonomía moral de un país.

Volvamos al danzón sin saltitos híbridos de foxtroteo. Hay en nuestra música ecos lejanos de un alma oprimida que prefirió sufrir todas las inclemencias de la tragedia antes que gozar del reposo de la sumisión que mancilla; alaridos de santas iras; protestas que parecían lanzadas desde un Sinaí que fuera un inmenso corazón lacerado; susurros blandos robados a la floresta; ritmos pasionales arrancados a la lírica primitiva de los sinsonetes; mucha alma que llora, mucho puño cerrado que impreca y mucho derroche generoso para el perdón y el olvido... Y es conveniente para la salud de la patria que nada de eso naufrague entre las cercerradas de una música que nada dice al corazón de aquella raza que sabía matar y sabía morir por amor con la misma sonrisa y el mismo gesto de gentil prestancia.

Viejos espejos de los viejos Liceos camagüeyanos y villareños volverán a copiar en sus lunas de bisel las parejas unidas por el viejo ritmo criollo; ojos vidriados por el esmeril de los años volverán a brillar como en una alborada postrera ante la visión de esas redivivencias nativas. Y los ensueños, al descubrir los antiguos caminitos humildes por donde antaño se iban de fuga al compás de las músicas cubanas, volverán a recobrar el poder de fragantizar los espíritus con las olvidadas fragancias de los cedros montaneros y las albahacas del valle por entre los cuales cruzaron las turbulentas legiones de nuestros abuelos con la blanca estrella del ideal detonando sobre el rojo desgarrón de la escarapela gloriosa.

¡Ah, nuestra música evocadora y señorial! ¡La del ritmo único, la de la voz que sabe de dulces galanteos y airadas invectivas!

Volvamos a ella. ¡Música de nues-

Nuestra Música

Por ARMANDO LEYVA

[Se publica esta crónica a propósito de los bailables con que piensan divertirse nuestras damas en la noche del próximo quince, centenario de nuestra independencia. Creímos que esta vez, al menos, la fiesta en el Teatro Nacional sería más castiza y se dejarían las niñas y caballeros de tantos híbridos foxtroteos. ¡Y pensar, Dios mío, que si con las mujeres no llegamos a las entrañas mismas de la patria, con quiénes llegaremos!]

UN amigo que llegó recientemente de Camagüey me ha dicho que en las pasadas fiestas de San Juan y en el baile con que el cubanísimo centro social de aquella legendaria e histórica ciudad obsequió a sus asociados, se eliminaron del carnet de los bailables los hasta entonces inevitables foxtrots, two steps, one-steps y demás pasos danzantes del extranjero.

Pocos días más tarde, en Santa Clara, con motivo de otras clásicas fiestas locales, la sociedad cubana de dicha ciudad suprimió también de su programa los mismos números pero con la adición de una nota en la cual se advertía a sus asociados que no debían solicitar de la orquesta la ejecución de aquellas piezas porque, en relación a una orden dada por la Directiva, no se accedería a tal demanda. Posteriormente leímos en «El Mundo» de la Habana un suelto informativo acerca de varias sociedades de recreo que, después de irradiar de sus programas los citados bailables yanquis, anunciaban el ensayo de las antiguas cuadrillas, lanceros, etc.

¿Tendrá todo esto alguna relación con los letreros propagandistas de esos Fords que «trabajan con alcohol?» Es

posible. El espíritu cubano ha reaccionado en estos días de un modo sorprendente y halagüeño. Bien es verdad que para que ello ocurriera fué preciso que la mano de hierro nos apretara el estómago. Sólo cuando tal ocurrió y la presión de los dedos nudosos amenazaron con estrangularnos, fué que salieron a flote nuestros sentimentalismos más recónditos...

Hermoso y gallardo hubiera sido que tornáramos a cubanizarnos un poco sin necesidad de esperar a que nos despertara la punta de la bota yanqui ni el estrujón de la mano grosera que tantas veces lamimos humillados en una hiperestesia de exagerado y morbosos agradecimiento.

Pero puesto que el resultado ha sido el mismo, olvidemos los motivos para sólo aplaudir la finalidad.

Tornamos a nuestra clásica danza, a nuestro danzón cadencioso y a los buenos lanceros y cuadrillas en que el ritmo es un pretexto para reverenciar caballerescamente a la mujer sin las explosiones salvajes de aquella brutal lujuria que antes de asaltar los salones al son de las roncas baterías de una orquesta de *Shimmie* fué rudo acicate que embriagó de voluptuosidades a las